

*Amelia Drake*

La  
**ACADEMIA**  
PRIMER LIBRO

Traducción del italiano de  
Sara Cano

**S**iruela

Las Tres Edades

# 1

## El examen

**N**unca había salido del orfanato y, en el fondo, pensaba que nunca lo haría. Por ese y por mil motivos más, la mañana del examen no consiguió probar bocado en el desayuno e hizo cola detrás de los demás huérfanos sin dejar de dar saltitos, primero sobre un pie y luego sobre el otro, para intentar descargar tensión.

Nunca había salido de allí.

Durante doce años, desde que Miss Kindheart la había encontrado frente a la puerta en una caja de galletas, su vida siempre había transcurrido entre las paredes de la Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser. Y la denominación «niños especiales» no significaba «increíbles» ni «dotados de poderes extraordinarios», sino, más bien, «especiales porque nadie quiere saber nada de ellos».

Se llamaba Twelve, no porque tuviera doce años (el año anterior también se había llamado Twelve), sino porque había sido la duodécima niña que Miss Kindheart había rescatado durante aquel año que, en los estrictos registros de la Institución Moser, aparecía catalogado como el Año de los Récords, también conocido como el Año Negro de los Abandonos, que comenzó el 1 de enero

con Andrew One y había concluido el 31 de diciembre, poco antes de la medianoche, con la llegada del septuagésimo huérfano, Seventy Stephen.

Todos los niños de la Institución Moser compartían el mismo y doloroso misterio: quiénes eran sus padres y por qué los habían abandonado. Y si bien algunos, al crecer dentro del orfanato, habían terminado por olvidarse de aquello, había quienes habían construido alrededor de aquel misterio una verdadera leyenda. Había quien aseguraba que sus padres iban a venir a sacarlo de allí y, mientras tanto, se consumía observando el patio desierto a través de las estrechas ventanas del refectorio. Y había quien juraba y perjuraba que le daba igual quiénes fueran sus padres, y que estaba mejor así. Twelve y Seventy Stephen pertenecían a una tercera facción, la peor de todas: la de los niños que buscaban justicia aunque, al ser huérfanos, aún no sabían distinguirla bien de una simple venganza.

Y hablando de cómo pretendían vengarse —de sus padres, del orfanato, del mundo entero—, Twelve y Stephen se hicieron amigos. Formaban una pareja extraña, la duodécima y el septuagésimo del año, y Miss Kindheart solía observarlos a menudo con una sonrisa: él, alto y un poco estirado, con la piel blanquísima y unos ojos enormes que parecían estar siempre mirando otra cosa; ella, diminuta y rápida, ágil, castaña y con la nariz llena de pecas. Habían compartido durante seis años la misma taquilla (ella, para guardar la caja de galletas Macarons Marie, su mayor tesoro; él, para guardar los libros que cogía prestados de la biblioteca), el mismo pupitre y la misma bandeja del refectorio. Habrían elegido camas contiguas, como dos hermanos, si les hubieran dejado, pero sobre aquel asunto Miss Kindheart se había mostrado inflexible: los chicos dormían en el quinto piso y las chicas en el sexto. Y había que apagar la luz inmediatamente.

Stephen siempre era la última persona en la que Twelve pensaba cuando cerraba los ojos por la noche y la pri-

mera que le venía a la mente cuando se despertaba. Y así había sido aquella mañana, aunque con algún escalofrío más que de costumbre.

—¿Crees que lo conseguiremos? —le preguntó.

Stephen estaba justo detrás de ella, casi como si fuera su sombra protectora, su guardián, y ella la encargada de hablar por los dos, de decir en voz alta lo que pensaban. Le apoyó brevemente una mano en un hombro —que significaba «Sí, claro, estoy seguro de que sí»—, y se quedó callado, serio e impasible, mirando el final de la cola que había frente a ellos.

—Si no lo conseguimos... —murmuró de nuevo Twelve—, nos pasaremos aquí la vida entera, como Pookie.

—Lo conseguiremos —dijo entonces Stephen en respuesta.

—Pero si lo conseguimos, ¡tendremos que separarnos!

Era la cienmilésima vez que le repetía a Stephen aquellas palabras, su mayor miedo, pero su desgarbado amigo le respondió igual que lo había hecho la primera vez:

—Si yo consigo llegar a ser Húsar y tú Camarera..., iré a verte todos los días que me den permiso. El Cuartel y la Academia de Servicio están cada uno a un lado de la misma plaza. Solo tendré que atravesar las dársenas del trolebús para reunirme contigo.

Cada vez que Stephen pronunciaba la palabra «húsar», se le henchía el pecho como a un lagarto. Y cada vez que Twelve escuchaba hablar de la plaza, las paradas, el trolebús y la Academia, se le llenaban los ojos de brillantes chispitas.

¡La ciudad, por fin! ¡Y para vivir allí!

Mientras soñaba con los ojos abiertos, observó la bata negra perfectamente planchada de su amigo, el cuello almidonado y los botones tan pulidos que relucían, y pensó que, aunque fuera un huérfano de la Institución Moser, para ella era un húsar uniformado.

Luego, se miró las punteras de los zapatos.

Si todo salía bien, si todo salía como ella esperaba, muy pronto cambiaría la bata negra del orfanato por la gris perla decorada con encaje blanco de las aprendices de camarera. Y si iba mejor todavía, quizá sobre esa bata aparecería un pequeño símbolo plateado en forma de pez —Camarera de A Bordo, Clase Oceánica—, o uno azul con forma de golondrina —Clase Aeronáutica y Multiplanos Voladores—.

Lo cierto es que a Twelve no le emocionaba demasiado la idea de viajar y alejarse aún más de Stephen, pero todas las noches que había pasado fantaseando sobre cuál podría ser el resultado de su examen, se imaginaba feliz navegando por el río a bordo de una lujosa casa flotante a vapor más que quitándole el polvo a los muebles de algún apartamento de la ciudad.

Pero luego pensaba: ¿con que estoy fantaseando, en realidad? ¿Qué iba a saber ella, una pobre huérfana de doce años, de casas flotantes a vapor, del río y de la ciudad? Ella jamás había puesto un pie fuera de los muros de la Institución Moser, y lo único que había visto, una vez que Stephen y ella treparon al tejado y pasaron la noche entera contemplándola, fueron las luces de la ciudad —las luces de Danubia— hasta que el alba las había ido apagando. Y lo único que sabía —que sabían— lo habían leído en los libros. Libros que tenían más de un siglo, o al menos eso le parecía, por lo desgastados que estaban.

—Ya llegan —siseó Stephen.

Los demás también se dieron cuenta. Los setenta huérfanos del Año de los Récords se cuadraron e hicieron chocar los tacones de sus zapatos de cuero mientras la puerta que había al final del pasillo se abría, dejando pasar un hilillo de luz.

La primera en entrar fue Miss Kindheart, que lo hizo a paso marcial, seguida de los regios seleccionadores de las dieciocho academias de la ciudad, todos vestidos de negro, los hombres con traje de chaqueta y pajarita y las mujeres con una severa falda que les llegaba hasta la rodilla.

—Silencio —rezongó Miss Kindheart, deteniéndose frente a los huérfanos mientras los seleccionadores avanzaban tras ella hacia el aula magna. El rumor que se elevaba entre las filas de los huérfanos se fue amortiguando poco a poco. A través de la puerta entreabierta se colaban los misteriosos ruidos del exterior, y cada nuevo seleccionador aparecía en el vano rodeado de luz para luego desaparecer detrás de la directora.

—¿Has visto a ese, el del baúl? ¡Yo creo que debe de ser de la Academia de Alquimistas!

—¡Y esa debe de ser la seleccionadora de los Orfebres: mira qué pulseras!

—¡Yo solo espero que no me elija ese canijo!

—A ti no te va a elegir nadie, Forty-nine. A no ser que haya una Academia de Torpes.

—Pues tú vas a terminar en la Academia de Caguetas...

Miss Kindheart entrechocó los talones de sus zapatos.

—Forty-nine, Twenty-eight, esta noche os iréis a la cama sin cenar. Y, los demás, ¡SILENCIO!

La segunda advertencia funcionó mejor que la primera y, aquella vez, los chicos cerraron el pico y asistieron en silencio al resto de aquel enigmático desfile.

—Ese es el húsar —susurró en un momento dado Stephen cuando avistó a un hombre altísimo con el pelo cano y el bigote engominado hacia arriba. Aunque vestía de negro como todos los demás seleccionadores, llevaba la chaqueta como si fuera un uniforme, con una dignidad muy especial. Twelve pensó que Stephen no se equivocaba.

Cuando el desfile terminó, Miss Kindheart alzó un dedo, lo que significaba «De uno en uno, sin hacer ruido». Y, así, los setenta huérfanos del Año Negro entraron de puntillas en el aula donde tendría lugar su primer gran examen. Pasaron frente a la directora, inclinando la cabeza ante su dedo alzado.

—Buenos días, Miss Kindheart.

—Buenos días, Miss Kindheart.

—Id tomando sitio, niños —les iba ordenando ella desde la puerta, respondiendo a su saludo con un leve temblor de la voz. Quizá, después de todo, ella también estuviera emocionada. Quizá se emocionaba todos los años, pero aquel era un caso especial, dado que había tantos huérfanos. Todos fueron a sentarse en su sitio sin mencionar palabra, tal como habían aprendido a hacer durante los ensayos.

El aula magna de la Institución Moser, como todas las demás aulas que allí había, tenía las paredes pintadas de un color imposible de definir, entre el beis y el gris, grandes ventanales con los marcos descascarillados y pupitres de madera. Pero a diferencia de las demás aulas tenía un techo de vigas de madera oscura que parecía la quilla de un barco volcado. Y a lo largo de la pared que había al fondo del aula estaban colgados los emblemas de las dieciocho Academias de Danubia junto con el de la ciudad, con su lema escrito en letras enormes sobre un pergamino sostenido por unos angelitos: «LA VIDA ES MI DERECHO».

Bajo los emblemas había una gran plataforma que no dejaba de crujir sobre la que los seleccionadores se estaban acomodando.

—Disculpen... Quizá nos falte un poquito de espacio —dijo Miss Kindheart, dirigiéndose a los seleccionadores—. Tomad asiento, niños, vamos... Esta es la generación del Año de los Récords, setenta alumnos. Nunca antes había pasado algo así... Bueno, ya casi estamos... Eleven, Fifty-two, intercambiad el sitio... Sixty-six, aquí, en el primer pupitre. Bueno, yo diría que ya estamos. Sí, estamos.

Sentándose en el pupitre que le habían asignado, Twelve miró a Miss Kindheart como nunca antes la había mirado. Vio, quizá por primera vez, a una mujer alta y angulosa con el pelo a media melena y la piel suave como un melocotón. Vio por primera vez a una mujer amable, justa y severa, y descubrió, con gran sorpresa, que, a su manera, le tenía cierto cariño a aquella dulce disciplina. No era

capaz de imaginar una vida sin ella y sin sus horarios. ¿También iba a echar de menos a Miss Kindheart?

Se sentó.

Y la silla crujió, llevándose con el crujido sus últimos pensamientos.

—Niños —les pidió Miss Kindheart—, saludemos a la Comisión de Regios Seleccionadores de la ciudad de Danubia.

Los huérfanos se pusieron de pie como impulsados por un resorte, Stephen un segundo antes que los demás.

—¡BUENOS DÍAS, COMISIÓN!

—Sentaos, sentaos, chicos. La Comisión nos honra enormemente con su presencia, así que espero que estéis a la altura del examen que os espera. Durante muchos años habéis sido huéspedes de la Institución Moser, os he criado uno a uno y considero que sois casi como mis hijos...

—Ejem, ejem —rezongó uno de los seleccionadores.

Miss Kindheart se sonó la nariz con un pañuelito color cereza.

—Sí, perdónenme. Como iba diciendo: habéis sido nuestros huéspedes durante todos estos años y os habéis preparado bien. Hoy, por fin, ha llegado el día de la Selección. Una de las Academias de Danubia os espera para convertirnos en ciudadanos responsables preparados para ocupar su lugar en el mundo. Espero que la Selección refleje adecuadamente vuestras aspiraciones, y os deseo mucha felicidad en vuestro futuro.

La directora interrumpió de nuevo su discurso, con la voz trémula por la emoción, y a Twelve le entraron ganas de levantarse para abrazarla.

—Yo creo que ya está bien, señora directora —atajó uno de los seleccionadores, un hombre tan corpulento que para sentarse necesitaba dos sillas—. Empecemos el examen.

El rollo era de papel grueso y rígido.

Twelve pasó los dedos por el encabezamiento y en la primera línea escribió su nombre rápidamente: «12».

El número brilló durante un segundo con una extraña luz dorada y luego dio la sensación de hundirse en el papel y volverse opaco y distante.

—Oh —se le escapó a Twelve.

Stephen, que estaba a su lado, sonrió.

—¿Has visto? El papel alquímico ha empezado a registrar los datos.

—Ya no hay vuelta atrás. No podemos equivocarnos.

—Y no podemos mentir. Así que, te lo pido por favor: nada de tonterías.

—Ya lo sé.

—Y nada de mentiras inocentes.

—Ya lo sé —respondió Twelve, pero, de todas maneras, sintió un escalofrío. Sabía que si no respondía sinceramente a todas las preguntas, podría encontrarse con que ninguna academia quisiera aceptarla. Pero no quería pensar en eso.

—Me portaré bien —prometió. Y luego susurró—: Suerte.

—Mierda para ti también.

Stephen le guiñó el ojo, desenrolló un buen trozo de pergamino y se concentró en el examen.

Twelve se apresuró a imitarlo.

La primera pregunta que leyó era muy sencilla: «¿Cuál es tu color favorito?».

—Morado —respondió Twelve.

La segunda pregunta, desgraciadamente demasiado inoportuna para un huérfano, era: «¿A qué academia pertenecen tus padres?».

La chica se lo pensó un momento y respondió:

—No lo sé.

Y así proseguía el examen: flor preferida, libro preferido, compositor preferido. Luego había problemas de lógica, preguntas sobre sus expectativas y sobre sus emocio-

nes, preguntas rarísimas y sin significado aparente como «¿Cuántos guwurlis usarías para grisar un papajero?».

Twelve no tenía ni idea, y pensó en volver a escribir «No lo sé», pero luego decidió que era claramente una pregunta para probar su sentido del humor, y por eso escribió: «Los guwurlis flipulan, así que usaría un par de miciardos».

—No hay vuelta atrás —se repitió, suspirando.

Continuó así durante un buen rato, levantando la cabeza de vez en cuando para ver qué hacía Stephen. Él tenía la frente cubierta de gotitas de sudor, brillantes como las lágrimas de cristal de la lámpara de araña del refectorio.

Todos los huérfanos estaban sumidos en un estado de concentración absoluta. No se escuchaba otro ruido que no fuera el leve roce de las plumas sobre el rollo de pergamino y el murmullo de los seleccionadores en la cátedra. Algunos sonreían, otros parecían nerviosos. Un par tenía la cabeza hundida en sendos periódicos.

Twelve leyó las últimas tres preguntas de su examen.

«Si pudieras decidir, ¿en qué academia te inscribirías?».

—Academia de Servicio —respondió.

«¿Estarías dispuesta a dedicarte con todo tu ser a tus estudios?».

—Sí.

«¿Cuál es tu mayor sueño?».

Twelve intentó responder «Llegar a ser una buena Camarera», pero se detuvo. Porque, bueno, sí, estaba dispuesta a dedicarse en cuerpo y alma a ser Camarera, y si la elegían podría ver a Seventy Stephen muy a menudo. Pero ¿de verdad era ese su mayor sueño? No estaba segura, y en realidad creía que no. Stephen había nacido para ser un Húsar: desde que tenía seis años jugaba a hacer ejercicios militares en el patio, y una vez lo habían castigado porque había dibujado con ténpera dos manchas doradas en su bata, simulando los alamares de un uniforme.

Y Rebecca Thirty-five, con lo presumida que era, había nacido para ser Organizadora. Pero ¿Twelve? Pensaba que no era suficientemente inteligente para ser Escriba, ni suficientemente paciente para ser Maestra. Ser Camarera era lo más lógico, lo más factible, e incluso Miss Kindheart había mencionado que, de mayor, Twelve podría convertirse en una fantástica y diligente Camarera.

Lo que, por lo que a ella respectaba, era desde luego mucho mejor que terminar siendo Banquera o quedarse sin academia, sin otra opción que permanecer en el orfanato o irse de la ciudad. Eso no podría soportarlo de ninguna manera. Al menos, no sola.

Podría escribir que no lo sé, pensó. Al fin y al cabo, ya he dicho que estaría dispuesta a dedicarme plenamente. ¿Qué más da que sea o deje de ser mi mayor sueño?

Que desconocía cuál era su mayor sueño era la respuesta más sincera que podía dar. Podía ser importante. Podía ser muy importante.

Tengo que decir la verdad.

—Todavía no tengo un gran sueño. —Era la verdad.

Ni siquiera encontrar a sus padres.

Ni siquiera...

Sonrió.

Ni siquiera casarse con Stephen.

Pero quizá aquello no fuera lo que se esperaba de ella: si respondía que no tenía las ideas claras sobre su futuro, podía suceder que los seleccionadores criticaran a Miss Kindheart y la formación que les había dado. Y eso no podía pasar.

Y además, después de todo, se trataba de su sueño: ¿qué iba a saber aquel rollo de papel?

Twelve pensó que podía escribir un poco lo que le diera la gana, y que nada de lo que escribiera podría considerarse una mentira. Como mucho, era como haber intentado... dar el máximo. Responder de modo que lo que los demás esperaban de ella se convirtiera realmente en su sueño.

Twelve cerró los ojos, los volvió a abrir y escribió en el papel «Llegar a ser una», luego contuvo la respiración. Durante un segundo pensó que el papel se iba a manchar de plateado, anulando el examen y obligándola a admitir que había mentado a la Comisión.

Pero el pergamino seguía frente a ella, aguardando.

¿Llegar a ser qué?

Con el corazón latiéndole con fuerza, Twelve añadió algo que nunca habría pensado que escribiría:

—Llegar a ser una persona importante.

Y luego apartó la pluma del papel, como si fuera un cuchillo, y se la metió en el bolsillo. Las letras brillaron durante un segundo y se volvieron opacas como las demás.

Su respuesta había sido aceptada.

Y, ahora, Twelve ya no podía dar marcha atrás.